

§ 2. PRESTIGIO DE LA ESCRITURA; CAUSAS DE SU DEPENDIENTE  
SOBRE LA FORMA ORAL

Lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar al primero; el objeto lingüístico no queda definido por la combinación de la palabra escrita y la palabra hablada; esta última es la que constituye por sí sola el objeto de la lingüística. Pero la palabra escrita se mezcla tan íntimamente a la palabra hablada de que es imagen, que acaba por usurparle el papel principal; y se llega a dar a la representación del signo vocal tanta importancia como a este signo mismo. Es como si se creyera que, para conocer a alguien, es mejor mirar su fotografía que su cara.

Esta ilusión ha existido en todos los tiempos, y de ella están teñidas las opiniones habituales que corren sobre la lengua. Así, se cree comúnmente que un idioma se altera más rápidamente cuando no existe la escritura: nada más falso. La escritura puede muy bien, en ciertas condiciones, retardar los cambios de la lengua, pero, a la inversa, su conservación de ningún modo está comprometida por la falta de escritura. El lituano, que se habla todavía hoy en la Prusia oriental y en una parte de Rusia, no se conoce por documentos escritos más que desde 1540; pero en esa época tardía ofrece en su conjunto una imagen del indoeuropeo tan fiel como el latín del siglo III antes de Cristo. Basta este ejemplo para mostrar hasta qué punto es la lengua independiente de la escritura.

Ciertos hechos lingüísticos muy delicados se han conservado sin ayuda de notación alguna. En todo el período del antiguo alto alemán se ha escrito *töten*, *fuolen* y *stözen*, mientras que a finales del siglo XII aparecen las grafías *töten*, *füelen* contra

*stozen* que subsiste. ¿De dónde procede esta diferencia? En todas las palabras en que se produce había una *y* en la sílaba siguiente; el protogermánico presentaba \**daupyan*, \**folyan*, pero \**stantan*. En los umbrales del período literario, hacia el 800, esa *y* se debilitó hasta tal punto que la escritura no conservó de ella recuerdo alguno durante tres siglos; sin embargo la *y* había dejado una ligera huella en la pronunciación. ¡Y he aquí que hacia 1180, como hemos visto, reaparece milagrosamente en la forma del «umlaut»! Así, sin la ayuda de la escritura, este matiz de pronunciación ha sido transmitido con exactitud.

La lengua, pues, tiene una tradición oral independiente de la escritura, y fijada de muy distinta manera; pero el prestigio de la forma escrita nos estorba el verla. Los primeros lingüistas se equivocaron en esto, como antes se habían equivocado los humanistas. Ni el mismo Bopp hace distinción clara entre la letra y el sonido; al leerle, se creería que una lengua es inseparable de su alfabeto. Sus sucesores inmediatos cayeron en la misma trampa; la grafía *th* de la fricativa *þ*<sup>1</sup> hizo creer a Grimm no sólo que ese sonido era doble, sino incluso que era una oclusiva aspirada; de ahí el lugar que le asigna en su ley de la mutación consonántica o «*Lautverschiebung*» (ver pág. 237). Todavía hoy hombres ilustrados confunden la lengua con su ortografía. ¿No decía Gastón Deschamps que Berthelot «había preservado al francés de la ruina» porque se había opuesto a la reforma ortográfica?

Pero ¿cómo se explica semejante prestigio de la escritura?

1º En primer lugar, la imagen gráfica de las palabras nos impresiona como un objeto permanente y sólido, más propio

<sup>1</sup> [Es el sonido de la *z* castellana; los indoeuropeístas lo representan con el signo *þ* del antiguo alfabeto germánico; otros con el signo *θ* tomado del griego. A. A.]



que el sonido para constituir la unidad de la lengua a través del tiempo. Ya puede ese vínculo ser todo lo superficial que se quiera y crear una unidad puramente ficticia: siempre será mucho más fácil de comprender que el vínculo natural, el único verdadero, el del sonido.

2° En la mayoría de los individuos las impresiones visuales son más firmes y durables que las acústicas, y por eso se atienden de preferencia a las primeras. La imagen gráfica acaba por imponerse a expensas del sonido.

3° La lengua literaria agranda todavía la importancia inmerecida de la escritura. Tiene sus diccionarios, sus gramáticas; según los libros y con libros es como se enseña en la escuela; la lengua aparece regulada por un código; ahora bien, ese código es a su vez una regla escrita, sometida a un uso riguroso: la ortografía; eso es lo que confiere a la escritura una importancia primordial. Se acaba por olvidar que se aprende a hablar antes que a escribir, y la relación natural queda invertida.

4° Por último, cuando hay desacuerdo entre la lengua y la ortografía, el debate es siempre muy difícil de zanjar para quien no sea lingüista; pero como el lingüista no tiene voz en la disputa, la forma escrita obtiene casi fatalmente el triunfo, porque toda solución que se atenga a ella es más cómoda; la escritura se arroga de esta ventaja una importancia a que no tiene derecho.

### § 3. LOS SISTEMAS DE ESCRITURAS

No hay más que dos sistemas de escritura:

1° El sistema ideográfico, en el cual la palabra está representada por un signo único y ajeno a los sonidos de que se compone. Ese signo se refiere al conjunto de la palabra, y de ahí,

indirectamente, a la idea que expresa. El ejemplo clásico de tal sistema es la escritura china.

2° El sistema llamado comúnmente « fonético », que aspira a reproducir la serie de sonidos que se suceden en la palabra. Las escrituras fonéticas pueden ser silábicas o alfabéticas, es decir, basadas en los elementos irreductibles del habla.

Por lo demás, las escrituras ideográficas se hacen fácilmente mixtas: ciertos ideogramas, desviados de su valor primero, acaban por representar sonidos aislados.

Hemos dicho que la palabra escrita tiende a suplantar en nuestro espíritu a la palabra hablada: eso es cierto para los dos sistemas de escritura, pero la tendencia es más fuerte en el primero. Para el chino, el ideograma y la palabra hablada son signos de la idea con igual legitimidad; para él, la escritura es una segunda lengua, y en la conversación, cuando dos palabras habladas tienen el mismo sonido, se suele recurrir a la palabra escrita para explicar el pensamiento. Pero esta substitución, por el hecho de que puede ser absoluta, no tiene las mismas consecuencias enojosas que en nuestra escritura; las palabras chinas de diferentes dialectos que corresponden a una misma idea se incorporan igualmente bien al mismo signo gráfico.

Vamos a limitar nuestro estudio al sistema fonético, y muy especialmente al que hoy en día está en uso y cuyo prototipo es el alfabeto griego.

En el momento en que se establece un alfabeto de esta clase ya refleja la lengua de una manera bastante racional, a menos que sea un alfabeto prestado y lleno por eso de inconsecuencias. Desde el punto de vista de la lógica, el alfabeto griego es particularmente notable, como veremos en la página 92. Pero esta armonía entre la grafía y la pronunciación no dura. ¿ Por qué ? Eso es lo que vamos a ver.



#### § 4. CAUSAS DE DESACUERDO ENTRE LA GRAFÍA Y LA PRONUNCIACIÓN

Las causas son muchas; vamos a detenernos sólo en las más importantes.

Primero, la lengua evoluciona sin cesar, mientras que la escritura tiende a quedar inmutable. De aquí que la grafía acabe por no corresponder ya a lo que debe representar. Una notación consecuente en una época dada será absurda un siglo después. Durante cierto tiempo se modifica el signo gráfico para conformarlo a los cambios de pronunciación, pero luego se renuncia a seguir. Es lo que ha sucedido con el francés *oi*.

	Se pronunciaba :	Se escribían :
En el siglo XI.....	1. <i>roi, lei</i>	<i>rei, lei</i>
» » XIII.....	2. <i>roi, loi</i>	<i>roi, lei</i>
» » XIV.....	3. <i>roë, loë</i>	<i>roi, loi</i>
» » XIX.....	4. <i>rua, lwa</i>	<i>roi, loi</i>

Así pues, hasta la segunda época se tuvieron en cuenta los cambios ocurridos en la pronunciación; a una etapa de la historia de la lengua corresponde una etapa en la historia de la grafía. Pero a partir del siglo XIV la escritura quedó estacionaria, mientras que la lengua seguía su evolución, y desde ese momento ha habido un desacuerdo cada vez más grave entre ambas. Por último, como se continuaba juntando términos discordantes, este hecho ha tenido su repercusión en el sistema mismo de la escritura: la expresión gráfica *oi* ha tomado un valor extraño a los elementos de que se compone.

Se podrían multiplicar los ejemplos indefinidamente. Así, ¿por qué se escribe *mais* y *fait* lo que los franceses pronuncian *mè* y *fè*? ¿Por qué la *e* ante *e, i*, tiene en francés el valor de *s*?

Es porque se han conservado grafías que ya no tienen razón de ser.

Esta causa actúa en todos los tiempos: actualmente la antigua *l* palatal francesa [*ll* castellana] se ha cambiado en *yod*; los franceses pronuncian *éveuyer, mouyer*, como *essuyer, nettoyer*; pero continúan escribiendo *éveiller, mouiller*.

Otra causa de desacuerdo entre la grafía y la pronunciación: cuando un pueblo toma de otro su alfabeto, suele suceder que los recursos de ese sistema gráfico no se adaptan bien a la nueva función; entonces hay que recurrir a expedientes: por ejemplo, hay que servirse de dos letras para designar un solo sonido. En el caso para la *þ* (fricativa dental sorda [= *z* castellana actual]) de las lenguas germánicas: como el alfabeto latino no ofrecía ningún signo para representarla, se la representó con *th*. El rey merovingio Chilperico intentó añadir a las letras latinas un signo especial para este sonido; pero no tuvo éxito y el uso consagró *th*. El inglés medieval tenía una *e* cerrada (por ejemplo en *seed* 'siente') y una *e* abierta (por ejemplo en *lead* 'conducir'); pero como el alfabeto no ofrecía signos distintos para estos dos sonidos se recurrió a escribir *seed* y *lead*. En francés, para representar la chicheante *ʃ* se recurrió al signo doble *ch*, etc. <sup>1</sup> Y todavía queda la preocupación etimológica, que ha sido preponderante en ciertas épocas, por ejemplo durante el Renacimiento. Con frecuencia suele ser una etimología falsa la que impone una grafía; así se ha introducido una *d* en el fran-

<sup>1</sup> [El castellano antiguo tanteó varios subterfugios gráficos para representar con el alfabeto latino los sonidos nuevos. Para el sonido prepalatal, africado, sordo, que hoy escribimos *ch*, además de esta combinación, *c* y *h*, se escribía *gg*: *Sangges* (Sánchez), *contradiggo* (contradicho), y también *eo, ex, eri, egi* y *chy*: *pecco* (peche), *Sancoo*, *Sancoio*, *Saneio*, *Sauncho*. Ver MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, § 8. A. A.]



oés *poids* como si viniera del latín *pondus* cuando la verdad es que viene de *pensum*. Pero poco importa que la aplicación del principio sea correcta o no: es el principio mismo de la escritura etimologista lo que es erróneo.

A veces no se ve la causa: algunos preciosismos ni siquiera tienen la excusa de la etimología. ¿Por qué se ha escrito en alemán *thun* en lugar de *tan*? Se ha dicho que la *h* representa la aspiración que sigue a la consonante; pero entonces se tendría que haber introducido siempre que se presente la misma aspiración, y un montón de palabras no la han recibido nunca (*Tugend, Tisch*, etc.).

#### § 5. EFECTOS DEL DESACUERDO

Sería demasiado largo clasificar las inconsecuencias de la escritura. Una de las más desdichadas es la multiplicidad de signos para un mismo sonido. Así para la *z* el francés tiene *j, g, ge (joli, geler, geai)*; para la *z* (*s* sonora), *z* y *s (zone, rose)*; para la *s* (sorda), *s, c, ç, t, ss, sc, scg, w (serrer, principe, reçu, nation, chasser, acquiescer, acquiesçant, dia)*; para la *k* usa *c, qu, k, ch, cc, equ (encore, que, kangourou, chiromancie, accord, acquérir)*. Y al revés, varios valores se representan con el mismo signo: así, la *t* representa *t* o *s*, la *g* representa *g* o *z*, etc. Señalemos, por último, las «grafías indirectas». En alemán, si bien no hay consonantes dobles en *Zettel, Teller*, etc., se escribe *tt* y *ll* sólo para indicar que la vocal precedente es breve y abierta. Por una aberración del mismo género el inglés añade una *e* muda final para alargar la vocal precedente: compárese *made* (pron. *mæd*) y *mad* (pron. *mæd*). Esta *e*, que afecta en realidad a la sílaba única, crea una segunda sílaba para el ojo.

Estas grafías irracionales todavía corresponden a algo de la lengua; pero otras no corresponden a nada. El francés actual no tiene consonantes dobles, salvo en los futuros antiguos *mourrai, courrai*; sin embargo, la ortografía pulula de consonantes dobles ilegítimas (*bourru, sottise, souffrir*, etc.).

Y así sucede que, como no está fijada y como busca su regla, la escritura vacila; de ahí esas ortografías fluctuantes que representan los intentos hechos en diferentes épocas para figurar los sonidos. Así en *ertha, ertha, erda*, o bien en *thri, dhrī, dri* del antiguo alto alemán, *th, dh, d* representan seguramente un mismo sonido; ¿pero cuál? Imposible saberlo por la escritura. Y de aquí resulta la complicación de que ante dos grafías para una misma forma, no siempre es posible decidir si se trata realmente de dos pronunciaciones. Los documentos de dialectos vecinos escriben la misma palabra unos con *asca*, otros con *ascha*; si los sonidos son idénticos, es un caso de ortografía fluctuante; si no, la diferencia es fonológica y dialectal, como en las formas griegas *paizō, paizō, paiddō*. O, por último, se trata de dos épocas sucesivas; si en inglés encontramos primero *hweal, hweel*, etc., después *what, wheel*, etc., ¿estamos ante un cambio gráfico o un cambio fonético?

La conclusión evidente de todo esto es que la escritura vela y empaña la vida de la lengua: no es un vestido, sino un disfraz. Bien lo muestra la ortografía de la palabra francesa *oiseau*, donde ni uno solo de los sonidos de la palabra hablada (*waizō*) está representado por su signo propio: de la imagen de la lengua no queda nada.

Otra conclusión es que cuanto menos representa la escritura lo que debe representar, tanto más se refuerza la tendencia a tomarla por base; los grandes cambios se encarnizan en llamar la



atención sobre la forma escrita. Psicológicamente esto se explica muy bien, pero tiene consecuencias molestas. El empleo que se hace en francés de las palabras «prononcer» y «prononciation» es una consagración de ese abuso y trastrueca la relación legítima y real que existe entre la escritura y la pronunciación. Cuando se dice que es necesario pronunciar una letra de tal o de cual manera, se toma la imagen por el modelo. Para que *oi* se pudiera pronunciar *wa*, tendría que empezar por existir por sí mismo. En realidad es *wa* lo que se escribe *oi*. Para explicar tal extravagancia se añade que en ese caso se trata de una pronunciación excepcional de *o* y de *i*; y esto es otra vez una expresión falsa, ya que implica una dependencia de la lengua frente a la forma escrita. Se diría que se permite algo contra la escritura como si el signo gráfico fuese la norma.

Estas ficciones se manifiestan hasta en las reglas gramaticales, por ejemplo la de la *h* en francés. En francés hay palabras con vocal inicial sin aspiración, pero que han recibido una *h* por recuerdo de su forma latina; así *homme* (ant. *ome*), por causa de *homo*. Pero hay otras, procedentes del germánico, en las que la *h* ha sido realmente pronunciada: *hache*, *hareng*, *honte*, etc. Mientras la aspiración subsistió, esas palabras se pegaron a las leyes relativas a las consonantes iniciales, y se decía *deu haches*, *le hareng*, mientras que, según la ley de las palabras que comienzan por vocal, se decía *deu-z-hommes l'homme*. En aquella época, la regla «delante de *h* aspirada no se hacen ni el enlace [fr. *liaison*] ni la elisión» era correcta. Pero en la actualidad esa fórmula carece de sentido: la *h* aspirada ya no existe, a menos que se llame así a esa cosa que no es un sonido, pero ante la cual no se hace ni enlace ni elisión. Es, pues, un círculo vicioso, y la *h* no es más que un ente ficticio, surgido de la escritura.

Lo que fija la pronunciación de un vocablo no es su ortografía, es su historia. Su forma, en un momento dado, representa una etapa de la evolución que está forzado a seguir, evolución regulada por leyes precisas. Cada etapa puede ser fijada por la precedente. Lo único que hay que considerar, y lo que más se olvida, es la ascendencia de la palabra, su etimología.

El nombre de la villa de *Auch* es *oʃ* en transcripción fonética. Es el único caso en que la *ch* francesa representa el sonido *ʃ* en final de palabra. No es buena explicación decir: «la *ch* final no se pronuncia *ʃ* más que en *Auch*»; la única cuestión es saber cómo el latín *Auscii* ha podido llegar a *oʃ* en su transformación; la ortografía no importa.

¿Se debe pronunciar *gageure* con *ö* o con *ü*? Unos responden *gazör*, porque *heure* se pronuncia *ör*. Otros dicen: no, sino *gazür*, porque *ge* equivale a *z* en *geöle*, por ejemplo. ¡Vana cuestión! La cuestión verdadera es etimológica: *gageure* se ha formado sobre *gager* como *tourneur* sobre *tourner*; ambos pertenecen al mismo tipo de derivación: *gazür* es la única pronunciación justificada; *gazör* es una pronunciación debida únicamente al equívoco de la escritura. Y la tiranía de la letra todavía va más lejos: a fuerza de imponerse a la masa llega a influir en la lengua y a modificarla. Eso no sucede más que en los idiomas muy literarios, en los que tan considerable papel desempeñan los documentos escritos. Entonces la imagen visual llega a crear pronunciaciones viciosas: lo cual es, en realidad, un hecho patológico. Eso se ve con frecuencia en francés. Así, para el apellido *Lefèvre* (del latín *faber*) había dos grafías, una popular y sencilla *Lefèvre*, otra culta y etimológica *Lefèbvre*. Debido a la confusión de *u* y *v* en la antigua escritura, *Lefèbvre* se leyó *Lefébure*, con una *b* que nunca había existido realmente en la palabra



esa forma se pronuncia realmente<sup>1</sup>.

Es probable que tales deformaciones se hagan cada vez más frecuentes, y que se pronuncien cada vez más las letras inútiles. En París ya se dice *sept femmes* haciendo sonar la *t*; Darmesteter prevé el día en que hasta se pronunciarán las dos letras finales de *vingt*, verdadera monstruosidad ortográfica. Estas deformaciones fónicas es verdad que pertenecen a la lengua, pero no resultan de su juego natural; se deben a un factor que les es extraño. La lingüística debe someterlas a observación en un compartimiento especial: son casos teratológicos.

<sup>1</sup> [La escritura del español, mucho más fonética que la francesa, no provoca tantas ni tan graves aberraciones. Parecido al *Lefébure* francés es el *Teudiselo* que los niños españoles aprenden en las listas de los reyes godos; es una falsa lectura de *Teudiselo*. La Academia ha sido poco consecuente al representar el sonido de la *y*-inicial: *yeso*, *yema*, etc., pero, *hierba*, *hielo*, etc. En España a ambas grafías ha correspondido siempre idéntica pronunciación, pero en la Argentina, donde la *y* (= *ll*) se pronuncia con un rehilamiento que la aproxima a la *j* francesa. La distinta ortografía ha provocado falsamente una distinta pronunciación, y se dice *žeso žema*, etc., pero *ierba*, *ielo*, etc. Es más, como la palabra *hierba* se ha escrito y se escribe en la Argentina con grafía tradicional y popular *yerba* cuando significa 'hierba mate', mientras que se respeta la ortografía académica *hierba* en todos los demás casos, este doblete ortográfico ha provocado y fijado el correspondiente doblete de pronunciación *žerba* y *ierba*. A. A.]

## CAPÍTULO VII

### LA FONOLOGÍA

#### § 1. DEFINICIÓN

Quando se sustituye la escritura por el pensamiento, los que se privan de esta imagen sensible corren el peligro de no percibir más que una masa informe con la que no saben qué hacer. Es como si se quitaran los flotadores al aprendiz de nadador.

Se tendría que sustituir inmediatamente lo artificial con lo natural; pero eso es imposible hasta que no se hayan estudiado los sonidos de la lengua; porque, separados de sus signos gráficos, ya no representan más que nociones vagas, y todavía se prefiere el apoyo, aunque engañoso, de la escritura. Así, los primeros lingüistas, que nada sabían de la fisiología de los sonidos articulados, caían a cada paso en estas trampas; desprenderse de la letra era para ellos perder pie; para nosotros es el primer paso hacia la verdad, pues el estudio de los sonidos por los sonidos mismos es lo que nos proporciona el apoyo que buscamos. Los lingüistas de la época moderna han acabado por comprenderlo así, y volviendo a tomar por su cuenta investigaciones iniciadas por otros (fisiólogos, teóricos del canto, etc.), han dotado a la lingüística de una ciencia auxiliar que la ha libertado de la palabra escrita.

La fisiología de los sonidos (en alemán *Lautphysiologie* o